

## Zygmunt Bauman (2017). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Josep Sanmartín Cava<sup>a</sup>

*Vidas desperdiciadas* (2004), como todas las publicaciones de Zygmunt Bauman, es clara, profunda y sintética. Destaca del libro el retrato certero que ofrece de las víctimas del mundo contemporáneo y su “papel” en las sociedades de consumo. Junto a este ensayo también conviene leer *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (1998), donde el autor adelanta las razones del fracaso humanitario y sus consecuencias sociales, situando las razones históricas del libro que aquí se reseña.

Un concepto clave de *Vidas desperdiciadas*, que concreta el espíritu de la obra, es el de “desclasados” o “individuos *déclassés*”, que Bauman toma de la obra de Stefan Czarnowski *Ludzie Los despedidos al servicio de la violencia*. Para ambos, los desclasados son

aquellos que han quedado excluidos de la sociedad al considerarse “superfluos desde el punto de vista de la producción material e intelectual”. Es más, el concepto de desclasado presupone que la persona en cuestión ha rechazado las oportunidades que le ofrecen las sociedades del consumo.

Para ambos autores, es esta idea la que permite que los gobiernos nieguen cualquier tipo de política social de reinsertión para los desclasados, ya que se consideran que se han autoexcluido voluntariamente de la sociedad. Pero no se quedan ahí, sino que argumentan que ser un *déclassé* también significa estar alineado con la marginalidad y la delincuencia, ser un peligro para el orden social, lo que amerita algún tipo de control. Bajo estos preceptos, las políticas

<sup>a</sup> Doctorando en Industrias de la Comunicación y Culturales de la Universitat Politècnica de València. Investigador del Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano. E-mail: josepsanmartincava@gmail.com



desarrolladas por los actuales Gobiernos ya no tienen que ver con la reinserción propia de los Estados del bienestar, sino con la sospecha, el miedo y el rechazo a estas personas, que son apartadas y tratadas como residuos.

Pero, previa a esta tesis que da razón al libro, Bauman ofrece las claves de este nuevo paradigma social, que lo ha legado todo al mercado, a una idea de progreso basada en el consumo y lo inmediato propios de una *realidad líquida*.

En el primer capítulo del libro, que se titula “Al principio fue el diseño. *O los residuos de la construcción del orden*”, Bauman nos presenta el contexto en el que se desarrolla el ensayo: la creciente precarización del trabajo. Con este propósito, compara el significado del “desempleo” en la modernidad y la posmodernidad. En la modernidad se defendían la ciencia y el orden aplicados al trabajo, llegándose a la conclusión de que el desempleo era una enfermedad que amenazaba la producción, lo que requería políticas de reinserción que aseguraran la buena marcha de la economía. En la posmodernidad se considera, en cambio, que la “enfermedad” es la amplia y creciente disponibilidad de trabajadores en un entorno en el que cada vez se demanda menos empleo. A lo que se suman unos mercados que han encontrado, en la reducción y empobrecimiento de los puestos de trabajo, una manera de lograr mayores beneficios. La producción ya no está amenazada por el desempleo, al contrario. Lo que

sucede es que el desempleo ha pasado a ser objeto de la especulación, con la excusa de la competitividad. Y esta, según Bauman, es la consecuencia de haber pasado de una sociedad de productores a una de consumidores.

Bajo este paradigma, se puede entender que la propia denostación del empleo es un objetivo político para quienes detentan el poder en las sociedades actuales. En consecuencia, para los dueños de los medios de producción, la inversión en políticas públicas no es solo un desperdicio contraproducente, sino que va en contra de sus propios intereses. La voluntad no está en asegurar una masa obrera de la que echar mano como en la modernidad, sino atomizarla, arrebatándole su estatus de “clase”. Por consiguiente, no solo las personas desempleadas ya no son requeridas por un entorno laboral cada vez más paupérrimo, sino que su propia existencia se plantea como una amenaza para los demás. Y ese es precisamente el mensaje que se lanza a la ciudadanía, no que su situación sea por la voluntad extractiva de los mercados.

En el segundo capítulo, “Son ellos demasiados. *O los residuos del progreso económico*”, Bauman introduce por primera vez el término *déclassé*, definiéndolo como un consumidor fallido, un ser superfluo, que por tanto amerita el trato como desecho; en otras palabras, habiendo sido expulsado de la sociedad en términos de clase, tal como se entiende etimológicamente, la única responsa-



bilidad que le queda a los Gobiernos es su contención, su gestión como residuo. Además, este es un problema que se agrava al comprender que vivimos en un mundo superpoblado, donde ya no quedan “tierras infinitamente vastas y fabulosamente ricas” a las que enviar a las poblaciones excedentes. Por lo tanto, a las sociedades de consumo no les queda otro remedio que tratar a estas personas como basura y alojarlas en “vertederos humanos”.

Asimismo, la existencia de vertederos humanos a los que llegan poblaciones excedentes de otros países se aprovecha para difundir falsos dilemas como manera de desviar la atención de los verdaderos problemas. De esta manera, la pretensión de los desclasados a la hora de integrarse en la sociedad, contribuyendo a esta de manera activa, se presenta como una amenaza para quienes ya forman parte de ella. Es así como estas personas, que son víctimas de una mayor vulnerabilidad ante la ley y rechazo social, son además utilizadas por los gobiernos como chivo expiatorio de todos sus males. Es entonces cuando se señala al resto de la ciudadanía que la crisis del trabajo no tiene que ver con la mala gestión de los Gobiernos, sino con la llegada de estos “residuos humanos” desde el extranjero. Personas que no solo compiten por los mismos puestos de trabajo, sino que suponen un peligro para la forma de vida autóctona, lo que a su vez plantea mayores temores en términos de supervivencia.

En la modernidad, según el autor, este tipo de inseguridad fue solventado por el Estado del bienestar en mayor o menor grado. Se lograron mitigar, hasta cierto punto, los miedos individuales socializando los riesgos y haciendo responsable al Estado en la reducción de los mismos. Sin embargo, actualmente el Estado del bienestar está siendo dismantelado progresivamente. A su vez, tal como explica Bauman, esto socava la justificación del ejercicio político ante la sociedad. Si bien el Estado de las sociedades productivas se legitimaba poniendo orden en el mercado laboral, favoreciendo unas condiciones mínimas para la consecución de la vida de las personas, ahora su legitimidad queda en entredicho. Por esta razón, la política ya no pone el foco en las cuestiones socio-laborales que debería resolver, al haber entregado la soberanía de estas decisiones a los mercados, sino en aquello que a nivel simbólico le permite exhibir una estética del poder. Es así como los “residuos humanos” y otros *distractores* se han convertido hoy en el foco de atención de los Gobiernos y sus medios.

Por tanto, es fácil entender que entre las principales iniciativas promovidas por la política está la lucha contra la inmigración ilegal, en tanto que a ella se asocian otras propuestas que pretenden reducir la marginalidad, la delincuencia, el terrorismo y un largo etcétera. En suma, políticas que no resuelven en origen los males de las sociedades de consumo. Lo perverso de este discurso



político es que se esgrime contra los “residuos humanos” que los propios Estados han creado con intereses de mercado. No ha sido otra cosa que el abaratamiento de las condiciones laborales, la deslocalización empresarial y la desregulación del mercado lo que ha generado estos flujos de poblaciones excedentes, que se suman a los desclasados locales. En cualquier caso, este discurso no deja de ser una pose. En estos momentos, a las principales economías del mundo les conviene la disponibilidad de mano barata y la llegada de poblaciones que resuelvan los problemas del envejecimiento de las sociedades de consumo. Además, la amenaza de la propia existencia de los inmigrantes menos exigentes en sus condiciones laborales sirve como acicate para convencer a los empleados nacionales de que aún les podría ir peor.

Otra contradicción que presenta el discurso que criminaliza a los más desfavorecidos, a los inmigrantes, refugiados y otros *residuos humanos*, es que, al mismo tiempo que se mediatiza esta propaganda, las mafias se han globalizado con total impunidad. Y es que, tal como desarrolla Bauman en el tercer capítulo, “A cada residuo su vertedero. *O los residuos de la globalización*”, la criminalidad es inherente a las sociedades de consumo.

Según el autor, la creciente criminalización de las sociedades de consumo es un fenómeno que se debe a varios factores. Para empezar, se ha de tener en

cuenta que la globalización ha permitido a las mafias traspasar las fronteras y mover capitales sin las dificultades que presentan los territorios nacionales, logrando alcanzar mayor riqueza y poder que muchos gobiernos. Otra de las razones que permite la globalización del crimen es que no hay en vigor ninguna ley global que persiga a las mafias. Es más, esta situación ha permitido diluir lo que es lícito y lo que no lo es, gracias a un entorno ampliamente desregulado. Tal como señala Bauman citando a Teubner y Böckenförde, la globalización está “muy distante de la política, sin una forma constitucional, sin democracia, sin jerarquía desde abajo, sin una cadena ininterrumpida de legitimación democrática”. Lo más grave es que lo anteriormente dicho también se aplica en el ejercicio normal de la economía global, sea esta ética o no. De este modo, las élites globales han logrado subvertir los valores democráticos para escapar de cualquier control humano.

Ya no estamos en una sociedad democrática, ni siquiera en lo formal, pues esto supondría el cumplimiento de unos mínimos que garantizaran el contrato social. Muy al contrario, se ha pasado de defender la libertad colectiva, que pretendía hacernos iguales a todos, a la libertad individual, que se justifica solo en comparación con la del otro. Esto ha tenido como consecuencia la ordenación del Estado en una jerarquía de castas, donde se es más libre según la capacidad de consumo, lo que significa



que ya no importa la ética. Lo único que importa es ascender en la jerarquía del modo que sea, pues el propio progreso sirve como excusa de los medios que se empleen. Es así como se entiende que la criminalidad, a partir de cierto nivel, escapa de todo control. Tal como explica el autor, la criminalidad es un problema endémico de las sociedades de consumo, que lejos de reducirse aumenta con el tiempo. Es más, la decadencia de las propias democracias formales tiene que ver con el carácter simbiótico de la criminalidad, las sociedades de consumo y la jerarquía de castas.

Por esta razón, a los Estados les resulta más sencillo ejercer un control policial contra los residuos humanos que combatir el crimen global. De hecho, los espacios destinados a los desclasados –en sus distintas vertientes, ya sea un barrio marginal, un gueto, un campo de refugiados o una prisión– se convierten en los lugares perfectos para el *ejercicio estético* de la seguridad, en el que se invierte cada vez más conforme se desmantela el carácter social de los gobiernos. De este modo, los recursos antes dedicados a lo público, que supusieron cierto bienestar en las economías productivas, ahora se están usando para someter a la sociedad en general y a los desclasados en particular. En esta nueva sociedad del control, vaticinada por Deleuze y Foucault, todos estamos bajo sospecha y todos podemos acabar en el vertedero. No es de extrañar entonces

que la población carcelaria haya aumentado significativamente, olvidando las prisiones su función de reinserción de los reclusos en la sociedad. Las cárceles, tal como explica Bauman citando a David Garland, ahora “se conciben de modo mucho más explícito como un mecanismo de exclusión y control”. Las cárceles, en sí, ya no son lugares pensados para el “reciclaje” de las personas, sino para su “destrucción”.

En definitiva, los distintos vertederos humanos están concebidos para la contención. Y, con este propósito, se han diseñado diferentes espacios específicos para su acumulación, donde puedan ser vigilados en mayor o menor grado. Entre esos espacios se encuentran los campos de refugiados, en los que se concentran los *residuos* de la colonización y la guerra sin la esperanza de volver a sus países de origen ni formar parte de las sociedades que los “acogen”. A su vez, los consumidores fallidos se acumulan en los barrios marginales, donde difícilmente encontrarán mecanismos que permitan su reinserción laboral. Y los delincuentes son hacinados en las prisiones, convirtiéndose en residuos para la gestión de la industria carcelaria. Sencillamente, en estos casos no se busca una solución, porque las sociedades de consumo no pueden, ni desean, ofrecerla. Al contrario, se aprovechan del problema para ofrecer una estética de seguridad y un mensaje de advertencia al resto.



Cada vertedero en sí sirve para inducir diferentes tipos de miedo en las personas. El mensaje es claro: cualquiera puede acabar desechado. Las continuas crisis, las guerras, la inseguridad y los flujos migratorios nos avisan de que nadie está exento de peligro. Se nos prepara así para una vida más precaria. Se intenta que pensemos que necesitamos mayor flexibilidad y soluciones individuales para superar los problemas sociales. Bajo este paradigma, la tendencia disciplinaria del Estado es inevitable, como única fuente de legitimidad frente al deterioro social. “La confianza se ve sustituida por la sospecha universal”. Y así, progresivamente, el miedo acaba haciendo mella, hasta que finalmente surge la demanda popular pretendida por la jerarquía de castas, que exige seguridad personal por encima de todo lo demás.

En el cuarto y último capítulo, “Cultura de residuos”, Bauman concluye que “la modernidad líquida es una civilización del exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos”. Es una sociedad que ha abandonado la actitud desafiante ante la vida para adoptar una aproximación calculadora hacia ella. Que ha abandonado el pensamiento a largo plazo, la creencia en la virtud que se desprende de la preocupación por lo eterno, que no está dispuesta a esforzarse por lograr algo perdurable. En su defecto, la sociedad busca en el consumo la satisfacción inmediata de

sus anhelos: “Cualquier dilación, toda tardanza se convierten en un estigma de inferioridad”. Lo realmente importante es la posibilidad de adquirir aquello deseado en el momento, aunque su goce sea efímero. La libertad se confunde con el consumo, como cualidad distintiva de la jerarquía de castas.

Por desgracia, tal como avisa Bauman, esta forma de cultura incide con mayor intensidad en los más jóvenes, que ya no conocen ni los valores del estado del bienestar, ni del compromiso más allá de uno mismo, ni de la creación por encima del consumo. En sí, la propia palabra *consumo* implica la destrucción de aquello que se posee, lo que empuja necesariamente a consumir otra cosa si no existen otros valores y propósitos. Las propias personas nos hemos convertido en consumidores y objetos de consumo, fácilmente reemplazables, tristemente desechables. Por esta razón, estamos abocados a relaciones cada vez más líquidas, a un endeudamiento continuado, a la satisfacción cultural mediante experiencias cada vez más momentáneas y a la finitud del pensamiento, de los propósitos culturales de las sociedades de consumo.

Como apunte final, cabe destacar la aportación de Bauman al relato de Orwell, para aclararnos que ahora, al viejo Gran Hermano dedicado a la vigilancia continua del espacio público y privado de las sociedades actuales, se ha sumado un Nuevo Gran Hermano. Este



nuevo congénere, situado en los límites establecidos entre los consumidores válidos y los consumidores fallidos, se dedica a la vigilancia y contención de

los residuos humanos abocados al vertedero. Así, la vigilancia de la “inclusión forzosa” se completa con la vigilancia de la “exclusión forzosa”.

